

Verdaderamente, hay gente que no está bien de la cabeza. Aquella noche me sublevó ese insulto. Después, reflexionando sobre cuánto contiene de mendaz, y más que nada de ridículo, he llegado a pensar una vez más que tal vez precisamente esto, el coraje de Sábato, sea una de las causas del fragor psicológico que Sábato suscita. Quienes lo acusan de reaccionario tal vez lo hagan desde un compromiso «revolucionario» (aunque muy selectivo; por eso pongo las comillas), pero quienes le acusan de cobarde (no creo que abunden, pero existe uno al menos: yo tuve que sufrirlo) no es imposible que lo hagan desde la envidia ante el coraje ajeno. Y puede que esa envidia tenga cierta justificación en el fondo de la conciencia insatisfecha. En nuestra civilización la valentía ha sido tan mitificada que cualquiera que no la sienta circular por sus venas, siempre y en todo caso, queda ya casi condenado a insultar a su propia cuota de miedo denominándolo con el nombre de cobardía. Esto es un disparate, es una colosal insensatez, ya que el miedo pertenece al patrimonio de la carne y a la identidad de la conciencia; pero lo cierto es que hay pocos seres preparados para asumirse temerosos en ciertas circunstancias; desde esa resistencia (herencia de una cultura machista y desdichada) un oficinista sumiso contará a su mujer —mintiendo— cómo se enfrentó a la prepotencia del jefe; un infeliz conmovedor relatará —mintiendo— a sus amigos en la barra de la cafetería cómo discutió, con arrogancia y alta voz, con la pareja de municipales que le pidieron la documentación. El mismo mecanismo psicológico conduce a algunos exiliados (obsérvese que digo *algunos*; mi respeto y mi solidaridad para con las víctimas del exilio, de todos los exilios, han de quedar bien claras para quien lea de buena fe estas páginas) a no poder asumir el mayor o menor coraje de quienes se quedaron allá. Hay seres (yo desearía que fuesen pocos, y estoy dispuesto a suponer que no son abundantes) a quienes el coraje de los exiliados internos resulta más intolerable conforme añade pruebas de que existe. ¿Pero cómo, yo me he exiliado, y allí ha quedado ese individuo que se atreve a decir, dentro, lo que yo estoy proclamando a diario y con más claridad —pero fuera—? Este asunto es patético, y yo lamentaría que a alguien pudiese suponer que aludo a él con regocijo o con desprecio. Siento un respeto muy profundo por todo aquello que se parezca al miedo (incluso, y sobre todo, cuando ocurre dentro de mí), pero un respeto no tan exagerado como para sentir la necesidad de negarme a admirar la valentía, allí donde ella se produce, y mucho menos de insultarla. Con esta digresión lo que pretendo señalar es que las polémicas que Sábato suscita no son simplemente ideológicas ni circunstanciales, sino hon-

damente psicológicas y de vigencia eterna, cosa lógica en este creador que pertenece a la estirpe de creadores en profundidad, como por ejemplo, Dostoiewsky. El desacuerdo con otros escritores que trabajan en superficies puede permanecer en el plano de la discusión intelectual, puede incluso consentirse alguna relativa placidez. Pero en la obra de Sábato (incluida su conducta, que es parte rigurosa de su obra) nos encontramos con la fuerza de gravedad de la sagrada orfandad humana, y un huracán gravitatorio nos arrastra a los despeñaderos de la conciencia. Lo que entonces se pone en juego es algo más que nuestras opiniones, incluso algo más que nuestras creencias: entran al juego nuestras emociones, las porciones más oscuras de nuestro ser, todos nuestros centros flotantes, toda la selva de nuestra historia personal; incluso y sobre todo, aquellos macizos selváticos que no nos atrevemos a tolerar en la vigilia y que sólo de vez en cuando, en sueños, mediante pesadillas siniestras, dibujan las zonas clandestinas de nuestro verdadero rostro. Por eso, en la obra y en la persona de Ernesto Sábato la calma es una pura ausencia. Todo en ambos es minería, desasosiego, oscuridad. Es la tiniebla primitiva, esa condición obstinada contra la que se desgasta todo racionalismo, contra la que se extenua todo autoritarismo. En realidad, la propuesta democrática de Sábato no es una propuesta ideológica, incluso es algo más que una proposición moral, excepto que le demos al vocablo *moral* una dimensión de fatalidad, un rumor de destino. Los légameos casi prehistóricos de que procede la moral de Sábato son tan apasionados y terribles que en su conducta y en su obra no son posibles ni el más mínimo embuste ni la vacilación ni el cálculo. Sólo caben allí la totalidad y la urgencia. Por eso es incapaz de disculpar *ninguna* tiranía. Tal vez por eso se convirtió en un escritor. Y, sin duda, por eso tiene un altísimo concepto de su oficio: el mismo que tuvo Albert Camus y que expresó en unas palabras que Sábato ha citado con gratitud y con vehemencia: «Ninguno de nosotros es lo bastante grande para semejante vocación. Pero en todas las circunstancias de su vida, oscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva que lo justificará, a condición de que acepte, en la medida de sus posibilidades, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y ya que su vocación es agrupar el mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre, que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras fla-